



**Reyes, presidentes,
capitalistas, generales,
lacayos...
¡Que poco sois ante
un Hombre!**

Compreñión del problema español

Desde algún tiempo se habla con insistencia, con demasiada insistencia quizás, del cansancio, de la desmoralización del antifascismo exilado.

Es, hasta cierto punto, una consecuencia natural del exilio largo que venimos padeciendo, pero que ofrece curiosos aspectos de estudio y reflexión.

A través de la intensidad con que el fenómeno de disolución interna se presenta en el conjunto del antifascismo y por refacción en cada uno de los partidos y organizaciones que lo componen, se manifiesta la gran incompreñión del problema español en que se mantiene la mayoría del elemento exilado y lo que es más aleccionador aún, el grado de identificación con que cada uno trata de conjugar sus intereses particulares con los generales del conjunto.

Es evidente, hay que decirlo hoy con toda sinceridad, después de los consecutivos fracasos de la «Junta Española de Liberación» y de los sucesivos sedicentes gobiernos republicanos, que no puede hablarse de un solo y único problema español de la forma en que se viene haciendo hasta ahora.

Una gran parte del antifascismo español—sobre todo la parte formada por los partidos políticos y organizaciones sindicales de obediencia política—, reducen cada uno de por sí el problema español, a la consecución de sus objetivos políticos, desfigurando así considerablemente las perspectivas y creando con su actitud tantos problemas españoles como intereses en juego.

Cuando más, interviene una coincidencia mínima imprescindible. Derribar el régimen franquista sea como sea, ya que esta condición «sine qua non» es indispensable a la realización de las diversas contingencias previstas por todos y cada uno de ellos.

De ahí, que las esperanzas en las diversas soluciones hayan ido colocándose a remolque de los acontecimientos políticos en las periódicas reuniones de la O.N.U., en las declaraciones esporádicas de los políticos de relieve, y, por último, en la alianza antifranquista preconizada por el socialista Prieto.

Ni aun por ese camino de soluciones parciales, de olvido interesado de las verdaderas raíces del problema español, el efectuado, responde a las esperanzas depositadas. La consecuencia inmediata no podía traducirse que por el desaliento general y sus manifestaciones inseparables: la desmoralización y desintegración del espíritu que debe presidir todo exilio consciente.

Derribar el régimen franquista es un aspecto fundamental del problema general que debe reivindicar y llevar a la práctica el antifascismo español, exilado y del interior, mediante una actitud constantemente revalorizada de su verdadera personalidad y la ACCION que representa la permanente presencia en el problema.

La incompreñión general, el abandono internacional, el incumplimiento de las promesas efectuadas, no pueden justificar la inhibición ante la permanencia en la actitud antifascista. Como no puede justificar tampoco, el desmoronamiento del régimen de Franco, el olvido de las verdaderas características del problema español planteado el 19 de julio. Su sustitución por un régimen de transición, por una monarquía, e incluso por una república, representa una parte, la más ínfima por cierto, del camino a recorrer.

El pueblo laborioso, amante de su libertad, consciente de sus posibilidades futuras, no puede encerrar en el reducido marco de los intereses políticos, la solución de un problema que él sólo identifica y que a él únicamente pertenece.

Para ello y aunque quizás para muchos parezca prematuro, en vez de cansancio y desmoralización, en la comprensión verdadera de su problema, debe buscar nuevos motivos de preparación para la lucha e intensificación de la iniciada el 19 de julio.

El M. L. del Interior, se dirige a los trabajadores españoles

LA A. I. T. Y EL MOVIMIENTO JUVENIL

Una de nuestras más importantes tareas es la de ganar a los jóvenes para el movimiento sindicalista revolucionario, transformándolos en propagandistas de las ideas del mismo. La juventud, con su ferviente fe en la causa, con su entusiasmo, su espíritu de sacrificio por el ideal que confiesa, es un valor muy grande para nuestro movimiento. Es, por lo tanto, un deber imperativo de todos los sindicalistas revolucionarios desarrollar las mayores energías para ganar a los jóvenes para nuestro movimiento. También esperamos que los jóvenes que ya están militando en nuestras filas, hagan los esfuerzos más grandes posibles para organizar a la juventud. Esta es su tarea principal y que le corresponde a ellos ante todo.

La actitud de la A.I.T., internacional sindicalista revolucionaria, brán de encargarse de la grave

responsabilidad por la emancipación final y la estructuración de la economía socialista distributiva.

Asimismo, el Congreso invitó a los jóvenes a unirse por encima de todas las fronteras nacionales por medio de conferencias internacionales que puedan servir estas finalidades.

En diferentes ocasiones, la A.I.T. ha tomado la iniciativa para llamar la atención de sus secciones sobre este problema, es decir la constitución de organizaciones juveniles. La A.I.T. también se ha pronunciado en favor de un contacto internacional más estrecho entre las organizaciones de los jóvenes. El Congreso de la A.I.T., celebrado en 1938, adoptó una resolución por la fundación de una Internacional Juvenil, y más tarde de la cuestión se discutió con las Juventudes Libertarias Españolas.

Por alguna razón, el trabajo iniciado no ha continuado. La comisión provisional no deja entender señales de vida, y es posible que haya cesado de funcionar.

Pero no hay que abandonar esta tarea, y quizá es necesario continuar por otros caminos en el sentido de la organización juvenil internacional. Aquí, sólo tres palabras sobre esta cuestión.

Cuando, en el mes de febrero de este año, asisti a la conferencia intercontinental de los militantes españoles exilados, celebrada en Toulouse, Francia, entré en contacto con compañeros pertenecientes a las Juventudes Libertarias Españolas. Uno de éstos, formuló una idea con la cual me solidarizo absolutamente.

La proposición era de invitar a todas las secciones de la A.I.T. a que hicieran nuevos esfuerzos para organizar a las juventudes. Las secciones de los países donde ya no hay organización juvenil, deberían, según este proyecto, nombrar unas comisiones especiales encargadas del problema juvenil para tratar de constituir organizaciones de jóvenes en sus países respectivos. En los países donde ya hay organizaciones juveniles, la tarea sería la de crear unos Comités de relación especiales compuestos por representantes de las dos organizaciones. La misión de estos Comités sería la de coordinar el trabajo en el seno de la juventud.

Además, en colaboración con el Secretariado de la A.I.T. se debería formar un Consejo juvenil para cuidar las relaciones internacionales de las juventudes, en los diferentes países. Se trataría, pues, de una colaboración con el Secretariado de la A.I.T., pero el Consejo juvenil trabajaría independientemente. Prácticamente quedaría, sin embargo, una parte integrante de la A.I.T. de modo que sus actividades seguirían las líneas de los principios de la A.I.T.

Esta proposición, me parece, es digna de ser estudiada en el seno de las organizaciones juveniles de los diferentes países que simpatizan con los principios de la A.I.T.

Por JOHN ANDERSSON

pero el triunfo militar franquista y el estallamiento de la segunda guerra mundial, interrumpieron los trabajos ya iniciados.

En 1946, la A.I.T. volvió a emitir la consigna de constituir una Internacional Libertaria Juvenil. Nos referimos, ante todo, a la decisión adoptada por el Congreso de la A.I.T. en 1938, pero también pensábamos en la necesidad de crear un contrapeso a la llamada Federación Mundial de Juventudes Democráticas que no era otra cosa que una Internacional Juvenil dirigida por la política estatal, no dispuesta e incapaz para la lucha en pro de una renovación social y económica de la sociedad.

El mismo año, una iniciativa para la fundación de una Internacional Juvenil Anarquista fué tomada en Francia. Se formó una comisión de relaciones provisional que buscaba contactos con las ju-

ventudes revolucionarias de diferentes países. Esta comisión provisional, compuesta por jóvenes militantes españoles, franceses e italianos, publicó el periódico «Sanstano» en esperanto. Este fué enviado a los grupos del mundo entero.

España problema del mundo

Cuando invoco a España, pienso en nuestra España, exiliada y errante. La que no empieza ni termina en los Pirineos, la que no tiene tradiciones porque es capaz de crearlas todos los días; la de la revolución permanente—revolución, anarquista y socialista—, cuyo presente es ya un futuro accesible. Por ella y a ella van estas líneas.

Por eso España está en silencio. Por eso el Quijote español de que hablaba Jean Cassou no lleva a nadie su mensaje de luz; lo lleva a sí mismo, en sí mismo, sin poder salir de su propio círculo. Por eso su diálogo es un monólogo y por eso habla siempre consigo, sin lograr nunca un interlocutor y sin despertar jamás un eco; por eso el español ha aumentado su asco—alguien dijo ya que el asco español era cósmico—y ha disminuido su amor.

España está sola y el mundo

Por Ricardo Mejías Peña

está solo. Dos soledades distintas que se enfrentan y quieren anularse: la soledad española—nuestra soledad—está hecha de un llamado—nuestro llamado—y del silencio ajeno. La soledad del mundo, de un letargo absoluto y absolutista que acepta sólo el letargo ajeno. España se ha encontrado sola, a fuerza de no querer estarlo, a fuerza de batirse y desgarrarse para que el mundo y todos los hombres lograran un triunfo común, un triunfo que pudiera ser triunfo. No se comprendió la lucha—no quiso comprenderse—, pero se comprendió en cambio la derrota.

Porque ya es evidente, España está sola. El mundo la necesita, pero tiene miedo de dejarla entrever; es un niño grande que intuye su conveniencia y se esfuerza siempre en no permitir que se la adivine. El mundo no produce nada, no edifica nada, y quiere que España lo imite; quiere que lo imiten todos los españoles, y todos los campesinos, y todos los héroes; el mundo ha suprimido los héroes, los ha suprimido con un decreto tajante que no lotera la insubordinación y permite sólo la heroidad profesional y racional.

Y por qué el problema de España es el problema del mundo? Parecería absurdo el sostenerlo,

ya que comenzamos por afirmar la oposición entre una y otra actitud y dijimos hasta la saciedad que el mensaje español no encuentra eco.

Pues bien, el eco ha de nacer cuando se presente al mundo una realidad creada. Cuando España haya hecho su obra, su edificio; cuando su quirotismo plasme una nueva vida que los hombres puedan, aún desde lejos, palpar y reconocer cuando las manos del campesino castellano muestren que son capaces de aplicar esa

La solución del problema mundial es la solución del problema español. No creo en la patria española—que no existe, que se disuelve ante el conglomerado de pequeñas patrias españolas—, pero sí en la revolución española; y creo en ella porque la sé universal, lo suficientemente amplia como para albergar a todos los hombres, vivan a uno u otro lado de una línea artificial donde termina una bandera y empieza otra. España tiene hoy la fuerza y la clave para abrir un sendero al mundo, sendero que el mundo es incapaz de abrir sin ella. Y si España no lo hace, si el campesino español no emplea sus manos para destruir y construir, continuarán los hombres encerrados en su inmenso círculo, sin abrir senderos ni sospechar que los hay. Y seguirán existiendo dos soledades, dos monólogos y ningún diálogo.

El mundo tiene una salida, y es España; tiene una solución, y es España. La España exiliada y errante, mitad asco y mitad amor,

La conducta moral valoriza la dignidad del hombre

Todos los pueblos se hallan en crisis por la intromisión del Estado en la vida social. Ni siquiera los trabajadores con sus organizaciones propias y autónomas hasta ayer, se hallan a salvo, hoy. Lo paradójico de este afán del Estado, de meterse en todo con el pretexto de organizar mejor el mundo, es crear los efectos totalmente opuestos. En vez de organizar, desorganizar la existencia colectiva; en lugar de más orden, logra desordenar la vida y provoca constantes conflictos e innumerables males que en un régimen de libertad no se producirían.

Los que sufren más la influencia de este intervencionismo estatal son los productores. Ellos, son las víctimas propicias de sus gobernantes, mientras los mercaderes y los industriales son los beneficiados de la política proteccionista del Estado, aunque griten muy alto que sucede lo contrario, creando así engaño y confusión.

La realidad es, que mientras el Estado lo invade todo y todo lo domina, la miseria crece avas-

llante y se extiende, y el hambre es la triste realidad universal. Y para desgracia del mundo, la miseria y el hambre, no determinan rebeldías populares, sino masedumbres y servilismos vergonzosos.

Del desorden general viven los capitalistas, políticos, militares, sacerdotes y cuantos actúan en rol de zánganos sociales, que nada producen y son dueños de todo.

Los trabajadores están organizados en sindicatos, los cuales deberían ser la fuerza protectora de su vivir y la herramienta principal para su bienestar. Y, sin embargo, no sucede así. La mayoría de las actuales organizaciones obreras no miran hacia el porvenir, no tienen su ventana abierta, como una esperanza promisoría de felicidad, por la cual pudiesen ver las perspectivas del advenimiento del nuevo vivir, sin opresión ni dominación y de bienestar general.

Y, en la misma proporción que crece el sufrimiento de las masas,

progresan las religiones que, son un opio para las rebeliones de los pueblos, las que se extienden más y más el conformismo suicida, la sumisión y el derrotismo. Triste es decirlo, pero lo exige la franqueza. Los sindicatos obreros, con excepción de muy pocos en todas partes, no miran hacia el idealismo, no sienten amor a la libertad, no son revolucionarios, antipolíticos, antiestatales, anticapitalistas, ni cantan el himno de la emancipación del trabajo, ni agitan en plano de guerra social frente a todos los políticos, instrumentos incondicionales del capitalismo y del Estado, creyendo que ellos le pudieran aportar condiciones de bienestar y felicidad. Esta equivocación ha de costar mucho, en sufrimientos, al proletariado organizado, si no se reacciona prontamente.

Solamente la confianza en el propio esfuerzo y su rebeldía salvará al proletariado organizado en esta crisis tremenda que amenaza la vida colectiva.

IDOLOS E IDEAS

(De una carta a un camarada argentino)
¿Qué ha pasado con respecto al caso B, que tan pesimista se siente?
Se algo al respecto, pero si no ha sido otra cosa que desengañado, tal vez calumniado, no debe dársele mucha importancia, ya que en tal caso, no es sino uno más de los tantos que emprendieron ese camino a refugios de invierno.
Menos mal, si no se vuelve la función por pasiva, como en tantas ocasiones hemos sufrido, al convertirse en delatores nuestros, confidentes del enemigo o combatidores de la doctrina utilizando verbalismos y argucias tontas, como los ha habido de unos y otros.
Si no es más que un retro prudente de la lucha y la cooperación, ¡bah! Lo grave es cuando se quiere justificar con retóricas en contra de las doctrinas.
Los que contamos más de medio siglo de actuación en diversos medios y países, estamos algo cansados de ello, si bien que nos duela el que transcurran tantos años, lustros hasta, y no se mejore ni se escarmiente en esas fallas.
De niño, me solazaba con la labor de Lluana en «La Tramontana», de Barcelona, semanario obrerista y anticlerical, y Lluana era una figura del romanticismo libertario del ochocientos, antes de lo de Alcalá del Valle y del Montjuich trágico.
Sin embargo, cuando en 1898 lo conocí, cierta tarde que con Anselmo Lorenzo paseábamos por la Rambla, Lluana había dejado de ser lo de antes, cansado, hastiado, vencido, y fuéme presentado como cosa del pasado, si bien que no enemigo, en cuyo caso, Lorenzo, lo hubiera borrado de sus relaciones, y el luchador de mis simpatías infantiles, pareciera un buen burgués que su hermana amparaba teniéndole como administrador del negocio de servicio de vestidos de teatro, pero acallando sus bregas obreristas y anticlericales que le habrían comprendido.
Contaría él cincuenta años y llevaba sobre sí, una buena actuación pasada. Contaba yo diecisiete y empezaba el camino de un Ideal.
Empezaba el camino de un Ideal, y de no estar templado y fuerte para emprenderlo, habría sido el camino de los desengañados. Más, yo tenía una convicción, mi convicción, y no era mi temple dejarse llevar de pesimismo por las fallas de los hombres, falibles siempre, ni confesarme desengañado por las acciones de los que caen o se retiran de la brega, faltos de voluntad y temple.
Y cuente, camarada, que el final y el comienzo del siglo pasado y

Por Laureano D'Ore

presente, los transugos, los desengañados, los que buscaron utilizar como escabel para encaramarse el Ideal libertario, en todas partes, forman un buen contingente, y fue bien pronto que, observador y metucioso en advertir como camaradas a los gritones y barulientos, vi desfilar nombres y figuras tendidas de prestigio por nuestra masa, que fallaron tristemente, mareados por adulaciones y mimos.
Hemos sido siempre fáciles a conceder generosidad y calidad a los que «habían bien», según se quejaron más de una vez Lorenzo y Grave, y seguimos confiando demasiado en la bambolla, la demagogia trepidante y el idolo arrebatador.
Es preciso afinar la puntería si queremos afianzar nuestro Ideal, y no buscar el número, sino la calidad, como en algunas oportunidades he señalado.
(Pasa a la segunda).

Unanimidad interesada

Por una vez hay unanimidad en algo. Todas las potencias y todos los gobiernos parecen haberse puesto de acuerdo para combatir la guerra, ya que no para evitarla.
De uno a otro confín del mundo se elevan las voces oficiales para manifestar su desaprobación y su disconformidad con la guerra.
Truman, de un lado, y Stalin, de otro, organizan indirectamente conferencias y actos públicos para pedir que «subsista» la paz. En esas conferencias y en esos actos, se acusan mutuamente de querer la guerra. Lo que, a fin de cuentas, no cambia nada de la triste realidad.
El privilegio es el verdadero factor determinante de cuantas contiendas bélicas han existido a través de la historia. El que manda quiere imponer su mando, incluso a quienes en otras partes mandan. Choque de bastardas apreciaciones que termina con los hombres en los campos de batalla.
Antaño, los mastodontes del Poder, clamaban a pleno pulmón, la necesidad de organizar cruzadas para destrozarse a los infieles y hacer penetrar la doctrina de Cristo en los corazones, turcos o mahometanos, al mismo tiempo que la hoja de una afilada espada.
Más tarde, el «honor de la Patria», manecillado o simplemente salpicado por otras naciones, justificaba la necesidad de la guerra y glorificaba los campos de batalla.
Después fué el concepto de libertad el que servía de base para justificar la matanza de millones de seres humanos, cuya libertad, nunca adquirida, estaba en peligro.
Y ahora se trata de salvar la paz... para lo que va haciéndose imprescindible pulverizar unos cuantos millones más.
Los únicos que han visto por un instante comprometida su dignidad han sido, a causa de eso de la paz, los fabricantes de armas. Menos mal que ahora han encontrado la solución al problema planteado y pueden decir: ¡Basta de fabricar cañones para la guerra! Ahora hay que fabricarlos para la paz.
Juan PINTADO.

CARTAS DE NUEVA YORK

ESCAPARATES NEOYORQUINOS

Por A. SUX

¿Quién resiste al llamado de la primavera?
El domingo que agoniza en estos momentos, es el de Ramos; el día fué de gloria y la noche de mahometano paraíso, que en tales se convirtieron los «bars» de la ciudad y de los caminos que de ella salen para todas partes como varillas de abanico. Además de las palmas marfileñas y, naturalmente bendecidas, las mujeres lucían en los corpiños entornados, sus naturales y lácteos encantos, como es la moda, muchas flores auténticas y muchísimas artificiales. Los hombres llevaban en la solapa, con mayor o menor ostentación y modestia, unos nuditos de lana húmeda confeccionados con lonjas de bejuco o cortezas de cañizos, más la gardenia de rigor adornada con la cintita de plata.
Cumplido el rito, como quien se empadrona para conceder su voto, o toma una suscripción al suplemento dominical de un cotidiano, los ciudadanos libres y conscientes de Nueva York, en compañía de sus independientes esposas, amigas, novias o vecinas, se fueron a cumplir con el otro rito: el del «bar».
Yo preferí ambular por las calles de mi barrio que es, según los extranjeros, el único habitable, opinión exagerada pero no exenta de veracidad fundamental. Yo tengo la dicha de habitar una de esas aldeas verticales que se llaman rascacielos, en el zaguán monumental del Greenwich Village, cosmópolis en miniatura de lo que podría ser un centro de artistas, filósofos, locos, originales, sospe-

chosos y snobs. Todo este mundo de «intelectuales» trabaja y gasta lo que le dan por lo primero, en adquirir una serie de majaderías caras, feas y viejas, que los emigrados de Europa sin cabida en la simpática República de Israel, venden y compran, importan y exportan de Europa y hacia el interior de estos Estados Unidos encantadores por lo pueriles, generosos e ingenuos. Además, hay artesanos establecidos en trozos de galpón o de umbral, que confeccionan «cosas» increíbles... que venden porque continúan subsistiendo a pesar de la crisis de empleos.
Como es fácil suponer, abundan los escaparates. El escaparate es la carnada luminosa del pescador que está del otro lado del mostrador. En todas partes los escaparates son eso, y aquí, en Nueva York, tal vez más que en parte alguna del mundo; pero en Greenwich Village no; aquí el escaparate parece haber sido colocado para desearno espiritual de los que vagabundean desde la sexta Avenida hasta el Broadway de por aquí, a través de las calles décima, novena, octava y séptima.
Hoy, por ejemplo, que los pescadores hubiesen podido sacar partido a sus carnadas iluminadas a todo bombillo, no hicieron nada porque estaban fuera, atraídos por el sol y la atmósfera primaverales. Gastaron electricidad a pura pérdida, según el concepto comercial, que no sabemos si es el correcto y el beneficioso, desde hace tiempo, de que es el catastrófico...

En esos escaparates se da una batalla campal a la fabricación en serie, y lo curioso es que una buena parte de las armas y municiones que se gastan, son de origen mexicano. Antes había una sola exposición permanente de «cosas» mexicanas, que regentaba un gen-

tilhombre chapado a la antigua, originario de Guacalajara, que, además, reunía en su trastienda, a todos los pintores, escultores, torjadores, etc., que gestaban obras maestras incomprensibles todavía... Ahora hay varias, y grandes, que exhiben desde pulgas vestidas de charro, novia o torero, hasta juegos de muebles «estilo colonial»...
También hay un indú, tres niños, un alfacero francés, anticuarios con nombres de piedras preciosas y de ciudades en polaco, en ruso, en ruteno, en checo, en alemán... y hasta en español de Turquía y de los Balcanes! El arte negro todavía no se atreve a exponerse en estado original, pero ya lanza sus escudrones de «reproducciones» que son la vanguardia de las lanzas, los escudos de piel, las gorras de plumas, los ídolos de madera, bastante obscenos y grotescos, las piraguas de un sólo tronco y las caretas de nueces de coco pintarrajeadas.
Como el jamón en los emparedados, entre una o dos tiendas de éstas, hay floristerías y taberñis donde se dan cita todos los Oscar Wilde de Nueva York, ya sean blancos, amarillos o negros; en esas tabernas se pone en práctica la discriminación racial al revés, o sea que para los que pertenecen al «tercer sexo», todos los hombres somos iguales. Entre los escaparates y estos establecimientos andróginos, llenan los costados de las calles con automóviles particulares que transportan grupos que hacen sonar con el Montparnasse y el Montmartre de antes de la segunda guerra mundial.

¿Decadencia? ¿Quién sabe! Nueva York se europeiza, o, mejor, se parisina rápidamente, y creo que sería injusto afirmar que Europa está en decadencia y que París no supo resistir a los bárbaros...

De A. Carsi para RUTA

ARBOLES EN FLOR

Mes de abril. Clima maternal. Sonrisa de gratitud de la Tierra al Sol, que la ha liberado del marasmo, del colapso del invierno. Festival de flores de los árboles frutales y de las matas silvestres de los valles y de las laderas. Pirolección de colores y de formas bellas con que celebran los campos la llegada de la Primavera. Ramilletes de belleza máxima, de todos los tonos de la policromía vegetal, del blanco al rojo granada, pasando por el rosa puro y el carmin encendido. Los verdes variados de los campos, el violáceo de la sierra, y la transparencia infinita del espacio, dan fondos magníficos a los múltiples cuadros de colores inimitables y admirables formas de los árboles en flor, y la Madre Tierra los secunda y completa con sus bellas florecillas que parecen un reflejo de aquéllos en el suelo a la luz de los días, como el reflejo de las estrellas en la superficie de las aguas lo es en la oscuridad de las noches.
Bien venidos seáis, árboles en flor, llamas suaves y atractivas, perfumadas y bellas que ilumináis la oscuridad de todos los momentos y abris una perspectiva

infinita a la esperanza con vuestra soberana serenidad. Levantáis vuestros brazos hacia las alturas como implorando misericordia para los errores de los hombres, y hundís vuestras raíces en la tierra como señalando el lugar reservado al último reposo.
Sois, pues, la belleza y el símbolo; lo bello y lo bueno. Es de desear que sepamos seguir los caminos que nos indicáis. El pretérito se ha desentendido de vuestro simbolismo y de vuestra sabia indicación. ¿Sabrá expresar el porvenir en vuestra bondad, en vuestra sabiduría y en vuestra belleza, la de todas las primavera de la eternidad?

Marx estudiado por los catolicos

No es nuevo el hecho de que el catolicismo pase por una fase de evolución que le lleve a la comprensión o estudio profundo de problemas que había pretendido ignorar, por lo menos públicamente.
En la actualidad—para ser más exactos, desde hace algunos años—el fenómeno se repite con una intensidad insospechada.
La evolución actual del catolicismo tiene todas las apariencias y particularidades de una verdadera transformación.
Al espíritu de intriga individual, a la actividad confesional que le aseguraban el control de los destinos políticos de los distintos países incluidos en el área de su influencia ideológica, a los manejos encubiertos que garantizaban su primacía y su continuidad, le sucede ahora una actividad abierta, sin tapajes de ningún género, de la más alta importancia para el futuro del desarrollo y evolución sociales.
Como sucesión histórica de la democratización de sus actividades, descendiendo al terreno práctico de las realidades sociales, el catolicismo, permuta gradualmente su visión de eficacia gradualmente de la intervención puramente espiritual en las conciencias individuales, por la de intervención directa y colectiva en el problema social.
Tal decisión, obliga a una toma de posición congruente ante multitud de problemas vitales del momento y a definirse ante las corrientes de opinión más características del ambiente social.
Al inquisitorial auto de fe—sintomática acción de su ilimitado poderío e influencia espiritual—sucede hoy la explicación y comprensión del enemigo, evidente síntoma de decadencia y desprestigio.
En su afán de aclimatación y adaptación al ambiente general, para doblar el cabo de la nueva tempestad racionalista que pone en peligro su hegemonía espiritual por la creación de otros misticismos, ya sean éstos de creencia, de combate, etc., intenta el catolicismo popularizarse, entrar como parte interesada en el gran problema social planteado.
En uno de estos intentos le hemos oído explicar a Marx su filosofía. Analizar, no la acción política del actual comunismo, por lo menos directamente, sino el es-

piritu de las leyes de evolución y transformación social que encierra la dialéctica materialista del incisivo filósofo alemán.
El estudio no carece de sabor. Humanizar a Marx, idealizar su enjuto materialismo, elevar la dialéctica al rango de método realizador, para terminar con una crítica sustancial de las contradicciones internas del marxismo y sobre todo, subrayar su ateísmo es en realidad verdaderamente interesante y no puede ser efecto más que de una profunda inquietud católica.
Hay que reconocer que la amputación de concepto; lo confuso de la terminología marxista y la generalidad del problema abarcado, se prestan a redescubrimientos constantes de la verdadera línea y objetivos fundamentales, sobre todo cuando el interés prima sobre la simple curiosidad instruccional o análisis intelectual. No obstante el terreno es resbaladizo y la orientación peligrosa.
«Marx es humanista porque estudia al hombre como finalidad y porque en él halla la materia primera de la acción transformadora y evolutiva de la sociedad», se dijo en la conferencia que aludimos.
«Es idealista, porque su materialismo se limita a señalar la imposibilidad de disociar en el estudio de la realidad histórica, la inquietud espiritual, de la realidad material entre las cuales existe estrecha dependencia en beneficio de la segunda».
«Es revolucionario, porque rompe, aunque no en la intensidad que él desea, con todas las concepciones establecidas y de rigor en su época».
Tan «moderno descubrimiento» de la táctica marxista, nos parece

más expresivo y elocuente que una revelación clara de inmediatos objetivos.
Parece entreverse un oculto designio de establecer un efectivo paralelismo entre la anulación del individuo que caracteriza al marxismo en razón de su determinismo histórico, y la fe mística que lo liga estrechamente a la dependencia del sedicente Dios creador y regulador de todas sus acciones. Como si quisiera intentarse, volviendo a la raíz inicial y prescindiendo completamente de las deformaciones actuales del marxismo encontrar en él, una convergencia, una similitud de objetivos que acoarte las distancias y haga menos profunda la separación entre las masas de obediencia marxista y las de espiritualidad confesional. Un terreno de predisposición, en el que—aun no se ha hablado de unificación de esfuerzos ni de frentes comunes, pero es muy posible que se llegue—se clarifique el ambiente, desvirtuando falsas interpretaciones y permita al catolicismo suplantar en un momento determinado, o progresivamente, la influencia que ejerce o pueda ejercer el marxismo entre las masas productoras.
Al catolicismo le escapa el hombre de su pertenencia espiritual y trata de resarcirse encontrando en la realidad ambiente al Hombre material, para identificarlo a su destino.
En su propósito había de encontrar indefectiblemente al marxismo en su camino; disputándole el material humano, base de todo poder autoritario, ya que ambos, en su búsqueda del Hombre persiguen como finalidad objetiva la anulación de la conciencia individual. Se identifican totalmente al colocar todas sus esperanzas de predominio en la mutilación de la individualidad.
La amoralidad—falta de conciencia moral—del marxismo, encuentra su compensación en el principio moral impuesto por la creencia dogmática que caracteriza al catolicismo.
Su acercamiento, aun repeliéndose teóricamente, no puede definirse como accidente casual, sino, única y exclusivamente, como la necesidad imperiosa de una lucha por la existencia que garantice su continuidad histórica.

Personajes de un libro que no se escribirá

JIM

Jim había renunciado a ser uno. Mejor dicho, su uno suponía la unidad y alcanzaba a veces un número infinito: Jim no desaparecía. Jim se multiplicaba sin renunciar a sí mismo. Siempre, se abría y rasgaba los velos; desnudábase y venía el pudor.
Porque Jim había comprendido que su unidad no alcanzaba para todos los hombres; su unidad era un solo camino y un solo camino era demasiado poco para llegar a todos los hombres; por eso recurría a su propia multiplicación, por eso inventaba su diversidad y descubría su infinito: porque quería llegar a todos, porque quería llegar en todos.
Jim no tenía experiencia, pero no necesitaba la experiencia para saber que los hombres eran distintos, y opuestos, y antagonicos. Sabía también que los hombres no crean caminos porque no quieren llegar, y no quieren llegar porque no creen en los caminos. De ahí que hubiera decidido construirlos por su cuenta, para llegar poco a poco adonde nadie hubiera intentado.
Si, Jim había tomado su decisión. Y su decisión era carne, era obra, era fuerza que actuaba. Jim aceptaba todos los caminos—los aceptaba antes de conocerlos—y contaba de antemano con la mutua aceptación. Les sonreía—les sonreía antes de verlos—y contaba también con la nueva sonrisa. Porque tenía tanta fe en su camino, que al construirlo presentaba con certeza el día de llegada y la hora de recepción.
Su ingeniería—su sistema de infalibles caminos—consistía en una fórmula breve: ser como los hombres, como los otros hombres. Y como los otros hombres eran distintos, él también aprendía a ser distinto y aprendía a multiplicarse. Era niño con los niños, irónico con los burlescos, fuerte con los fuertes; la unidad hecha infinito, la unidad hecha suma de diversidades. Un Jim con mil gestos y mil individualidades, un Jim para todos los hombres y de todos los hombres.
Jim había renunciado a ser uno. Pero Jim no desaparecía, Jim se multiplicaba.
M. P.

KROPOTKIN - MALATESTA

¿Existe un anarquismo científico?

IX y último

El anarquismo, como toda corriente ideológica nacida del común denominador socialista a que condujeron los experimentos revolucionarios de los siglos XVIII y XIX, es una amplia concepción de la vida cuya originalidad viene acusándose con la sucesión de las décadas. Su ciclo de evolución no se ha cerrado todavía. Es curioso y aleccionador observar cada una de sus fases de diferenciación.
La primera de estas fases, la suprema negación de la autoridad, ha ido seguida de esfuerzos continuados de superación, eliminativos de incrustaciones extrañas. Ningún ideal nace perfecto. El anarquismo, como ideal humano, estrechamente vinculado al hombre, no ha podido sustraerse a una serie de influencias en pugna más o menos abierta con sus finalidades.
Estas influencias son de dos órdenes. Arrancan unas de vinculaciones relacionadas con su propio origen; otras, fueron adquiridas sobre la marcha de la acción militante.
Por firmes que sean las convicciones, el giro de los acontecimientos produce su efecto en el espíritu de los hombres. Un acontecimiento determinado de tipo social o político, ha tenido más repercusión en nuestro espíritu que todo el conjunto de literatura bien o mal dirigida. Los hechos son siempre más elocuentes que las palabras. Las emociones, trasunto de los hechos palpantes, fueron siempre más categóricas que todas las definiciones abstractas.
El anarquismo tuvo un primer impulso de gran florecimiento. Las afirmaciones y negaciones rotundas de Bakunin tomaron cuerpo a través de las concreciones científicas de Kropotkin. Pero hasta Malatesta, el anarquismo no ha conseguido librarse de ciertas premisas que representan todavía una concesión o vinculación al resto de las tendencias socialistas. Mientras el objetivo político aparece inconfundible, la confusión preside en algunos aspectos fundamentales.
Hemos intentado explicarnos estas lagunas relacionando los hechos con las preocupaciones dominantes en una época de auge científico-materialista. Plumas más autorizadas que la mía, arremetieron a fondo contra la pretensión absurda de una interpretación de las relaciones humanas, negando sobre los fenómenos sociales, el rigor interpretativo científico habitual en las exploraciones sobre el mundo físico. El determinismo condujo—a través del marxismo—al fatalismo, a la negación de la realidad-hombre como principio activo y al escarnio sobre el principio de libertad.
El anarquismo, que es en potencia la filosofía de la libertad, no podía aceptar ningún parentesco con la concepción determinista del mundo físico y fatalista de la historia. Todos los argumentos de la ciencia—la ciencia es a fin de cuentas el estado de nuestros conocimientos, más o menos definitivos, en un momento dado—no podían inclinarnos resignadamente ante una sentencia implacable y permanente: el sacrificio inapelable de nuestra personalidad.
La libertad es inseparable de la personalidad. Negada nuestra personalidad, la causa de la libertad, el sentido intrínseco de la justicia, se convertía en una quimera.
El punto de vista malatestiano tiene por encima de toda sobreestimación polémica, un hondo sentido complementario. Es improcedente enfrentar la fruición metódica de Kropotkin con las observaciones sutiles de Malatesta. Ambos teóricos, más que repelerse, se complementan. Por encima de las debilidades personales hallamos la concepción anarquista depurándose y superándose continua-

mente.
Los que acusan al anarquismo de parálisis infantil, han visto mal este proceso de continua superación, arrancando del génesis socialista y prosiguiéndose hoy a la vista del trágico experimento soviético.

El anarquismo ha conseguido definirse a sí mismo como una corriente original interpretativa de los fenómenos sociales, esquivó a la trampa del fatalismo. El fatalismo es el reducto supremo de la autoridad, anttesis ésta de la libertad. El anarquismo es el mejor estímulo de la conciencia del hombre, de su esfuerzo determinativo y realizador, que es decir de su soberanía, de su acción revolucionaria y renovadora. Su afirmación del valor moral del individuo y social del federalismo, reduce progresivamente el campo de acción del Estado, minando el nefasto principio de autoridad.

La concepción kropotkiniana, que llamáramos espíritu de concreción anarquista, es más que necesario imprescindible para la difusión y arraigo de las ideas. En determinadas épocas, se ha acentuado la tendencia hacia la abstracción. Se habla demasiado de ideas y de principios en el sentido doctrinario de la palabra. Sufrimos verdaderas inundaciones de doctrinarismo. En nuestra época, pasamos sin transición del circunstanialismo más oportunista al lirismo más etéreo. Hablar y teorizar sobre hechos a secas, sin detenernos en su significado moral; hacer filigranas retóricas con rubeos de imágenes, es hacer metafísica de la peor. Las definiciones se comprenden mal sin los consiguientes ejemplos. El triunfo de la pedagogía moderna consiste en el profuso intercalado de ilustraciones en los textos escolares. Los hechos y referencias concretas son ilustraciones para las ideas. La idea es inseparable de la realidad y la realidad inseparable de la idea. Las ideas simples son simples juegos de palabras. Las solas definiciones no definen nada.

Hay que aplicar nuestro anarquismo a los hechos, no sólo para que el pueblo comprenda nuestras definiciones, sino para entendernos nosotros mismos. Hay que insuflar nuestro anarquismo de realidades vivas, de hechos palpantes. Hay que acabar con la gimnasia retórica o dialéctica. Hay que suprimir la divagación de nuestras exposiciones.
Concedamos al pensamiento la autonomía de vuelo necesaria que nos permita atalayar el campo de nuestro próximo aterrizaje en el cercano futuro. Demos rienda suelta a nuestra imaginación y fatalista. Todos los utopistas fueron grandes pioneros de realidades. Pero no perdamos de vista nuestra condición de ciudadanos de un mundo y de una época.

Miremos hacia el futuro sin dejar de vivir en el presente. Veamos en el mundo físico la fuente de nuestras necesidades y el emporio de nuestras satisfacciones, mediante, siempre, nuestra actividad. Veamos en la ciencia un instrumento de trabajo y no un grillete de esclavitud y de tortura. Sin perder de vista la inmensidad de lo desconocido al nuestros medios precarios de conocimiento. Sepamos distinguir entre una hipótesis y una verdad demostrada; una verdad absoluta de una verdad relativa. No exaltemos nuestras verdades a la categoría de dogmas. Discernamos cautamente, prudentemente, entre el mundo físico y el mundo del hombre, entre las fuerzas físicas conocidas y las desconocidas; entre los sentidos, los instintos, las pasiones y los sentimientos morales.

Sepamos—como diría Malatesta—obrar y vivir como seres activos y responsables sin esperar a que surja de cualquier laboratorio mágico la fórmula maravillosa reveladora del misterio de la vida y del enigma del hombre.
J. PEIRATS.